

**EL OFICIO MAS ANTIGUO
DEL MUNDO**



ADBEMBOW DOE



Eran la vergüenza de la sociedad y a veces parecía que fueran invisibles.

Se les podía ver por los bulevares al caer la noche, pero también de día, en las calles de polígonos industriales o en las cercanías de mercados y hospitales.

En estos lugares, no podías pararte sin que te asaltaran varios de ellos ofreciéndote sus servicios. Las gentes de bien evitaban la proximidad y los que pasaban despacio sabían bien lo que hacían. No tenían ningún recato en practicar su oficio – decían que el más antiguo del mundo- en público, a la vista de todos. Se exhibían más allá de toda duda.

La policía sabía que no servía de nada detenerlos; un rato en comisaría y a la calle otra vez. Sólo se podía proceder si había denuncia y la mayoría de las veces no se podía probar que ejercieran en el momento de la detención.

De todas formas y aunque se negara, eran necesarios. Había quien decía incluso que protegían de males mayores, que conducían de la mejor manera posible los más bajos instintos de los seres humanos a cambio de unos billetes.

Los captaban últimamente en países del este o subsaharianos, porque se vendía bien el exotismo, aunque también los había autóctonos. Jóvenes, sanos y bien parecidos, con carrera, mejor sin familia. En sus países la pobreza y la falta de oportunidades eran una espuela que les obligaba a aceptar ofertas increíbles. Solían captarlos con promesas de formación para aprender un oficio respetable, de fontanería, electricidad o albañilería. Incluso funcionaba la oferta de auxiliar bancario, temporalmente, hasta que hubiera plazas de formación profesional. El precio era alto, pero se les decía que lo podían pagar con los primeros sueldos que cobrarán. O eran muy ingenuos o querían creerlo desesperadamente.

El viaje solía ser infernal con cambios frecuentes de vehículos cuando era por tierra o angustiosas jornadas entre el frío y la humedad cuando había que navegar.

Llegaban desorientados y ansiosos al lugar de concentración y allí acababa la farsa. Les daban ropas nuevas que serían las que llevarían en adelante y les conducían a presenciar lo que sería su trabajo. Les llevaban al juzgado.

Allí asistían a actos vergonzosos que hacían que algunos se taparan la cara y sollozaran, pero eran obligados a mirar hasta el final. Al salir, perdida la inocencia, se les decía la abominable verdad. A partir de ese momento eran *abogados*. Iban a practicar la *abogacía*.

Se les alojaba en bloques de apartamentos del centro. Individuales, para que no hablaran entre ellos. Era frecuente que les proporcionaran entretenimientos, tele por cable, Internet de banda ancha, consolas de última generación, abonos para paddle o gimnasio, turismos de gama alta, para que se engancharan y olvidaran el anhelado puesto de mecánico.

Había quienes practicaban su oficio en bufetes. Era más cómodo, pero trabajaban a destajo. Y si había redada, no había por donde escapar. Asociaciones de Ayuda al Abogado les ofrecían alojamiento, tramitar su solicitud de matrícula en un centro de formación y algún dinerillo para ir tirando si denunciaban a sus explotadores o clientes. Pero la mayoría volvía a ejercer al cabo de poco tiempo, porque esa era ya su vida.





Al final, la mayoría reconocía que era una vida fácil y que ganaban más en una mañana de pleitos que muchos en toda una semana de duro trabajo. Pero aún así, por la noche se dormían con los ojos húmedos, soñando que algún día vestirían el mono de dril azul, sonando en sus oídos la dulce música de la radial, cuando se acercaran a la máquina de fichar, en una luminosa mañana.

¡Su vergüenza es la vergüenza de todos. Rompamos las cadenas de la explotación. Luchemos por la abolición de la abogacía!

